

Reflexiones sobre la cultura juvenil contemporánea

Carlos Iván Orellana¹

*Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"
El Salvador*

Resumen

Desde una perspectiva psicosocial, el ensayo reflexiona sobre ciertas características generales sobresalientes de la cultura juvenil contemporánea, cuyo protagonista implícito es la juventud salvadoreña. La prominencia actual de la cultura de los jóvenes es tal que es imposible ignorarla. Sin embargo, la visibilidad de la misma no conlleva una interpretación simple ni armoniosa, porque muestra rostros diversos e implicaciones diferentes, que solo se perciben mejor cuando se consideran las condiciones de vida de la juventud, los avatares de su edad y la influencia del contexto rabiosamente consumista y globalizado. En la introducción se esbozan ciertas notas estructurales de la juventud salvadoreña. Luego se exponen sus características generales y sus implicaciones: la devaluación de la memoria histórica, la hegemonía del cuerpo, la socialización tecnológica y la volatilidad política. Al final, unas conclusiones generales sugieren que las preguntas aún superan a las respuestas, se expresan algunas hipótesis teórico-prácticas y se hacen algunas observaciones y críticas a quienes pretendemos acercarnos a la problemática de la cultura juvenil.

1. Coordinador de carrera y docente del Departamento de Psicología de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).

1. Los jóvenes, la moda sempiterna y utilitarista de los adultos: cuatro notas generales

Una constante de la evolución teórica de la psicología, a lo largo de su historia, es la idea de la *secuencialidad en el comportamiento humano*. Posturas divergentes y no tanto, clásicas y contemporáneas, en diferente forma y grado, hacen eco en sus propuestas, según su zona de énfasis epistemológico, de la idea de progresión de la vida humana. Las etapas psicosexuales freudianas, las psicosociales eriksonianas, la complejización neurobiológica, la socialización, el ciclo vital y hasta teorías sobre las relaciones amorosas, más un largo etcétera, nos dicen, cada una a su manera, que toda aproximación al complejo comportamiento humano pasa por retratarlo en determinados momentos —cuando los métodos y conceptos lo permiten—, o sencillamente atenerse a su variación, porque cambia de forma incesante. En esta idea hay dos supuestos importantes que ayudan a aclarar y a sustentar argumentos ulteriores. El primer supuesto afirma que el análisis del ser humano, máxime desde una perspectiva psicosocial como la que aquí se sostiene, pasa por el reconocimiento de la *historicidad* de su comportamiento, en una doble acepción del término, como referente pasado a considerar y como presente circunstancial dador de sentido. El comportamiento es histórico y, por lo tanto, temporal, porque es posible rastrear su origen con más o menos precisión. Toda manifestación actual se explica por unas coordenadas espacio-temporales definidas, que lo condicionan sin determinarlo, lo cual concede un carácter activo a la persona en el control de su propia vida y apertura de los procesos a lo nuevo (Beltrán, 1991; Martín-Baró, 1983). El segundo supuesto sostiene que *el comportamiento humano*, en cuanto proceso, *es integral, pero conformado por etapas o fases y el bienestar posible de una determinada etapa se explica por las vicisitudes ocurridas en las precedentes*. Rehuendo todo determinismo, la explicación teórica general afirma, más o menos, que cuando algo marcha mal o bien en el presente, hay que analizar que salió mal o bien en el pasado, sin que ello suponga pasar por alto las circunstancias presentes, también decisivas.

Los análisis de la juventud² tienden a pasar por alto las consideraciones anteriores. La omisión de la historia en las ciencias sociales no es nueva. Más aún, ciertas corrientes posmodernistas, que tienden a subjetivar y a relativizar de forma extrema, han contribuido a la sofisticación de ese olvido (De la Corte, 1999, 2002; Harris, 1997). En la coyuntura actual, donde el tema de la juventud —y algunas formas de ser joven más que otras— al mismo tiempo que une divide el acuerdo social, los intereses, los rumbos y las posibles explicaciones, es fundamental evitar la abstracción en los análisis al dar cuenta de los contextos en los cuales se desarrolla el fenómeno (Martín-Barbero, 1998; ver, además, Orellana y Santacruz, 2003). Por lo tanto, los estudios sobre la juventud (así como también los de otras realidades) deben ser rigurosos. La investigación debe ser integral y, además de celo y diversificación metodológica, debe incluir un respaldo teórico y analítico tan sólido como crítico. No se trata de territorialismo metodológico alguno, máxime cuando en la actualidad muchos abogan por la necesidad —y hasta exclusividad— de la investigación cualitativa, a costa de desacreditar el paradigma contrario a veces por razones ideológicas, alegando falta de poder explicativo y profundización (Richardson y Fowers, 1997; Ruiz, 1999). De los que se trata es de reconocer que mientras el dato apremie más que la explicación informada, que mientras la metodología no amplíe su horizonte y mientras las fuentes de financiamiento dominan la agenda de investigación por encima de los investigadores y de las exigencias de la misma realidad investigada, se avanzará poco.

Cuando se trata de la juventud, la secuencia y la interconexión de fases que antes se apuntaba, igualmente se malinterpreta. Las explicaciones solo se sitúan en el presente. Nuestra sociedad es muy desmemoriada, se desentiende con gran facilidad de los más vulnerables y no busca soluciones reales a sus problemas (Gaborit, 2005; Sobrino, 1998). Si el adulto mirara hacia atrás, cuando aparecen “los problemas de la juventud”, encontraría que estos, como otros males sociales, no solo son de su incumbencia, sino que además lo señalan y com-

2. Atendiendo a un criterio psicológico evolutivo, acá se entenderá por juventud el período amplio que va desde los 12 hasta más o menos los 35 años de edad, es decir, desde la adolescencia hasta la adultez joven (Papalia, Wendkos y Duskin, 2001). También hay que señalar que en esta primera parte del escrito serán intercambiables las nociones amplias de “jóvenes” y de “juventud”. Luego se harán ciertas precisiones conceptuales que mostrarán que, en términos semánticos, estas categorías encierran implicaciones diversas que pueden conducir a peligrosas generalizaciones.

prometen. Dicho de otra manera, por conveniencia e inercia social, las causas últimas de los hechos —la violencia, la impunidad, el desastre de turno, etc.— se oscurecen y niegan, como si solo importara su impacto. No se pregunta por el origen y el significado del fenómeno, y mucho menos si, de alguna manera, por comisión u omisión, se ha contribuido a provocarlo. Esto se explica porque se defienden los intereses propios, porque se obtiene una respuesta rápida que disipa incertidumbres, y porque la responsabilidad se lanza lejos. El resultado es la indignación visceral pasajera, la improvisación y la incapacidad de articular una acción eficaz. Al final, queda la impresión de que nada se puede hacer, excepto lo hecho por las llamadas “autoridades competentes”, porque lo contrario implica darse cuenta, cuestionar y asumir. Esta forma de proceder, como Sísifo y su piedra, impide identificar las causas de lo ocurrido y prevenir, se culpa a las personas sin analizar su posición desventajosa o se llega a magnificar la cantidad de capturas, sin mayor explicación del fenómeno delictivo o violento.

El imaginario social sobre la juventud se centra hoy, según Cruz (2002) y Martín-Barbero (1998), en su naturaleza violenta y su “falta de valores”, lo cual preocupa por sus consecuencias, mientras su explicación se elude. Esta postura, entre la veracidad y la exageración, se acaba sedimentando y predispone a percibir rasgos estereotípicos, que identificarían “lo que los jóvenes son”. De esta manera, se les atribuye un potencial amenazante para la propia integridad personal. En una palabra, ser joven está asociado con la *negatividad* (Martín-Baró, 1983; Morales, 1999; Páez y Márquez, 1999). El peligro está en convertir a los jóvenes en el chivo expiatorio idóneo, por constituir un blanco vulnerable y muy destacado. Pero ellos encontraron, como generación de relevo, el desorden ordenado, en el cual deben sobrevivir. Los adultos acusan a la juventud de perderse en la moda, pero se olvidan que ellos tienen por moda perenne a la juventud, porque el “divino tesoro”, el cual se añora siempre, se pierde con la edad y el paso inexorable del tiempo. Pero esto no es todo. Una amenaza tiende a no ser pérdida de vista y a buscar un culpable propicio, pero rara vez un responsable pertinente.

Aun cuando la clasificación acarrea el riesgo del reduccionismo, cuatro notas generales caracterizan a la juventud salvadoreña actual: *su magnitud, su exclusión, su inmersión en la violencia y su poca adhesión a la democracia*. Estas notas con-

tribuyen a entender las condiciones en las cuales se desarrolla su cultura y la imagen esencialmente peyorativa que de ella tiene la sociedad.

El segmento mayoritario de la población salvadoreña lo conforma la juventud. Según la Encuesta de hogares de propósitos múltiples, el 61.7 por ciento de ella es menor de 30 años (DIGESTYC, 2004). La *magnitud* de la juventud salvadoreña discrepa de la tendencia poblacional de los países desarrollados. Una población mayoritariamente joven es propia de países donde la precariedad de la existencia es la norma. En ellos, esta tendencia demográfica es estable o tiende a crecer. Por lo tanto, la precariedad se perpetúa y, a su vez, alimenta la tendencia demográfica a la expansión. La histórica desigualdad social, en el contexto neoliberal actual, en cuyo seno se inscribe esta tendencia socio-demográfica, es parte fundamental de la realidad latinoamericana y salvadoreña (Comisión Económica para América Latina [CEPAL] 2003, 2004; Entrena, 2001; Fernández Ríos, 1994; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo [PNUD], 2003).

Hoy se prefiere la categoría de *exclusión* a la de marginalidad, porque contiene a esta última y trasciende la idea de aislamiento topográfico. Sin embargo, Martín-Baró (1998) sostiene que las mayorías, en efecto, están marginadas, pero en cuanto integradas al sistema, o sea, la estructura social está articulada así para beneficio de una minoría. Bien entendida, la exclusión es “un concepto multidimensional de pobreza que introduce aspectos de participación social y de realización de derechos de seguridad (física, del sustento y de protección ante contingencia, identidad y plena ciudadanía)” (Entrena, 2001, p. 29). Es decir, la exclusión es económica, sociocultural y política. La vulnerabilidad de la juventud salvadoreña es mayor a medida que se descende en las condiciones materiales y sociales, sobre todo en la zona rural. Los indicadores más relevantes son el desempleo (10.7 por ciento, en la población urbana económicamente activa de 15 a 29 años y superior al 11 por ciento, en la zona rural), la expulsión del sistema educativo, por razones económicas (sobre todo entre los 13 y los 18 años), marginalidad espacial y hacinamiento, falta de espacios organizativos (DIGESTYC, 2004; Fundación Empresarial para el Desarrollo Educativo [FEPADE], 1997) y, por si fuera poco, tal como señala Carranza (2003), para la legislación y el presupuesto nacional, la juventud es inexistente.

La juventud salvadoreña esta *especialmente inmersa en violencia*. Más allá de explicaciones del fenómeno violento ajenas a este artículo, la mayor parte de las víctimas y de los victimarios son jóvenes. El registro del Instituto de Medicina Legal del año 2003 muestra que más del 55 por ciento de las víctimas de la violencia común tenían entre 15 y 30 años (PNUD, 2005). Más recientemente, Cruz y Santacruz (2005) confirman que una variable predictora de victimización es tener entre 18 y 25 años de edad. Más difícil es verificar que la mayor parte de los victimarios también son jóvenes, porque la mayoría de ellos son prófugos de la justicia. Sin embargo, Cruz (1997), con datos de la Dirección General de Política Criminal, sostiene que el 60 por ciento de los reclusos de sistema penitenciario salvadoreño son menores de 30 años. Pero es, sin duda, el grave problema de las pandillas juveniles el indicador más claro de la inmersión de la juventud en el ejercicio y padecimiento de la violencia (Santacruz y Concha-Eastman, 2001). Asimismo, la violencia no solo tiene rostro de joven, sino también masculino. Mueren y matan jóvenes, pero sobre todo varones (PNUD, 2005).

Por último, la juventud salvadoreña actual puede ser reconocida por *su menor adhesión al juego democrático*, tal como lo muestran los sondeos de opinión y de cultura política. Cruz (2001,2002), FEPADE (1997) y Seligson, Cruz y Córdova (2000) destacan esta faceta de la juventud salvadoreña. Los jóvenes salvadoreños son los más ausentes en las organizaciones políticas y son los más reuientes a participar en ellas. Son los que menos acuden a votar, los que menos apoyan y comprenden la democracia y, por si fuera poco, muchos de ellos muestran actitudes autoritarias (Instituto Universitario de Opinión Pública [IUDOP], 1999; Orellana y Santacruz, 2003).

Así, pues, en conjunto, la juventud revela un proceso metastático del sistema sociopolítico salvadoreño, pues tiene una sinergia perversa que se ensaña con ella. Su cantidad indica subdesarrollo, que ya es bastante. La exclusión que padecen remite a abandono e invisibilidad desde lo público. La violencia expresa desesperación y atrofas en los agentes y en los procesos de socialización. El alejamiento de la democracia se explica por la precariedad de sus condiciones de vida. Cabe preguntarse, por lo tanto, cómo podrían apropiarse de la democracia si su realidad es todo menos democrática.

Las cuatro notas anteriores pueden dar la impresión de que la juventud es un ente supraindividual homogéneo, pero no todos los jóvenes viven en esas condiciones. Ni siquiera aquellos a quienes estas notas pueden aplicarse llevan vidas uniformes. De ahí la importancia de estudiar la cultura juvenil y su complejidad, siempre considerando el contexto específico en que se manifiesta, pues será a la luz de este que la cultura se tome en un ámbito de crecimiento, angustia, evasión o disidencia.

2. Consideraciones preliminares sobre la llamada cultura juvenil

La cultura juvenil se entiende como *un ámbito simbólico, que aglutina las diversas formas de ser joven en una sociedad dada*. La noción de ámbito simbólico es útil por su dualidad y por su apariencia contradictoria de ser un *lugar inmaterial*. Un "ámbito" permite situarse en escenarios físicos objetivos y reconocidos (la calle, la computadora, etc.), pero también es un espacio etéreo, sin localización, elástico y global (Costa, Pérez y Tropea, 1997; Hobsbawm, 2003). García Canclini (1990) con acierto recuerda que no solo se invierte en él, sino que también lo invertimos. Es utilizado, pero también apropiado y permite proyectarse. En este ámbito, continuamente se re-crean metáforas, las cuales se expresan en formas de hacer, estar y ser. Dicho de otra forma, es una matriz que reproduce prácticas signadas, entre las que destaca el lenguaje, en todas sus formas (Cohen, 1994; Martel, 2005), por su representatividad humana y porque consolida identidad. Por eso, sus expresiones más visibles son discursos diversos en apariencia —orales, pictóricos, musicales, etc.— y contenido —vacuo, profundo, conformista, contestatario, etc.—, pero siempre localizados de forma imprecisa. El auge de los dinámicos culturales, tanto de la juventud como de otros fenómenos sociales, explica el apogeo de la metodología cualitativa y de su paradigma (constructivista-interaccionismo simbólico), de su proceder hermenéutico y de su propósito de interpretar la subjetividad (Ruíz, 1999).

Asimismo, la vivencia de una cultura, en cuanto ámbito dinámico signado, multiforme y polisémico, es diferente. Por eso, la definición destaca las "distintas formas de ser joven" y llama a considerar "una sociedad dada". La cultura pierde sentido cuando es considerada como una entelequia abstracta. Beltrán (1991) y Martín-Baró (1983) advierten que una síntesis de datos objetivos e interpre-

taciones subjetivas, hacen de ella siempre una construcción referida a la perspectiva y al contexto en el cual es analizada. O sea, es necesario considerar un *desde quién* y un *desde dónde* específico. Esto quiere decir que más que juventud existen *juventudes* (Duarte, 2001) y se habla de “la cultura” solo por razones prácticas y descriptivas. En realidad, es multiforme y se padece o se disfruta de muchas formas, según cada joven, según factibilidades y configuraciones propias de cada juventud. Valenzuela (2001) afirma que la cultura juvenil “se inscribe en las características fundamentales de la clase social de pertenencia” (p. 38) y, en virtud de esta pertenencia, los determinantes sociales y materiales, así como los niveles de conciencia (de clase) son decisivos para entender la configuración de cualquier forma de ser joven en un contexto dado.

Más radicalmente, la pertenencia de clase, y más en concreto, su comunicabilidad (Costa *et al.*, 1997), permite que la cultura juvenil incorpore las contradicciones propias de su grupo como los conflictos sociales. La diversidad cultural y la pertenencia a una clase se manifiestan en *subculturas* y *contraculturas*. La subcultura es expresión de una cultura más amplia con ciertos rasgos propios; mientras que la contracultura es una propuesta que desafía las normas y las expectativas sociales (Cohen, 1994). Una contracultura es siempre una subcultura, pero lo contrario no siempre se cumple. Por ejemplo, en El Salvador, subculturas juveniles o *tribus urbanas* (Lacalle, 1997; Zazuri y Ganter, 1999) como *Skaters* o *Trashers* (patineteros), fanáticos de *comics* y del Anime japonés, todos ellos grupos con lenguajes, vestimentas, ritos y prácticas comunes, no son equivalentes a agrupaciones universitarias que, además de lo anterior, mal que bien, comparten un ideario político contestatario y llevan a cabo acciones consecuentes. Puede objetarse que esto hace de las contraculturas una elite, como si solo pudieran formar parte de ellas aquellos que poseen ciertos conocimientos o características. Lo

que interesa es mostrar **polos extremos para hacer más fácil la argumentación.**

La oposición al *stablishment* en cuestión de grado y no existe una sola forma de hacerlo. Sin embargo, aquí se sostiene que una subcultura es “elevada al rango” de contracultura por su adhesión a una agenda política³. Además, conviene recordar que aun en las universidades privadas hay estudiantes de diferentes condiciones sociales y que no son los de “más arriba”, los convocados a aglutinarse o a pronunciarse políticamente hacia dentro o hacia fuera de la institución⁴. Diversos autores (Hobsbawm, 2003; Reguillo, 1995; Valenzuela, 2001; Zazuri y Ganter, 1999) sostienen que tanto la germinación, la evolución y el apogeo del interés actual por la cultura juvenil, y sobre todo por las tribus urbanas, parten del protagonismo creciente de jóvenes de clase media o baja, ya que estos son los que reciben el embate del sistema capitalista, las transformaciones de las instituciones sociales, las negligencias del sistema y, en suma, las necesidades creadas por los consumos culturales hegemónicos, sin contar con los medios para obtenerlos. Es una ingenuidad tratar de identificar subculturas y contraculturas puras, puesto que no existe tal pureza ni dentro ni fuera de la universidad. De hecho, el enfrentamiento y la influencia recíproca entre una “alta cultura” —universitaria o política— y una cultura popular o de masas no es ninguna novedad. Hasta la contracultura más energética puede acabar reproduciendo la cultura dominante a la cual dice oponerse (Pérez, 1998; Santos, 1998; Subirats, 1991). El fenómeno de las subculturas juveniles admite mezclas. Por eso, García Canclini afirma que todas las culturas son de frontera. Pero no hay que perder de vista que tanto el escenario en el cual se desarrollan como la encrucijada social actual es resultado de otra combinación no menos compleja. Es un compuesto de ideología neoliberal y posmodernismo, un binomio interesadamente homogeneizador y políticamente despolitizante. Hace algún tiempo, Martín-Baró (1989) alertó sobre

3. Sin ir más lejos, en la UCA existe una agrupación de estudiantes llamada “Colectivo Utopía”, que se define como una organización político-estudiantil, cuyos objetivos fundamentales son la promoción y defensa de los derechos de los y las estudiantes, la concientización de los y las estudiantes de la UCA sobre la realidad nacional e internacional, el rescate, la conservación y el mantenimiento de la memoria histórica y la participación activa en las luchas de las mayorías populares (Colectivo Utopía, comunicación personal, 17 de enero de 2005). Desconozco, sin embargo, el impacto de su agenda, su difusión, su capacidad organizativa, etc.
4. Sería interesante conocer el perfil del estudiante de la UCA que asiste a actividades institucionales de carácter político tan emblemáticas como son el Festival Verdad —una actividad artístico-cultural para promover los derechos humanos— o a la vigilia de noviembre para recordar a los mártires de la universidad.

el interés ideológico en la asimilación de grupos disímiles con una denominación común (“los empleados”, “los comunistas”, “los jóvenes”, etc.).

Así, pues, el adjetivo “juvenil” tiene implicaciones serias, pero quienes hablan de cultura juvenil no parecen caer en la cuenta de ello. Margulis y Urresti (1998) afirman que la “juvenilización” es una derivación del encumbramiento de la cultura de la imagen y de lo joven como fetiche hegemónico del mercado. Para estos autores, lo juvenil es, en buena medida, resultado de la saturación mediática, que cerca el tiempo libre en “videoesferas”, es decir, “medioambientes de pantallas dentro de los que, con ascendente vigor, se escenifica la vida social” (p. 15), en los cuales se da un bombardeo masivo de mensajes de diverso formato y presunta neutralidad, cargados con un prototipo de joven estético, icónico, prestigioso, hermoso, rodeado de gente igualmente bonita, más cercano a los ídolos de moda y, ciertamente, ataviado con lo más *in*. Este prototipo no parece vivir la angustia de la cotidianidad ni la de la edad, en suma, es un joven-mito, un joven juvenil.

A esta imagen ideal no solo se asocia un aspecto deseable, sino que también ciertos comportamientos triunfalistas: un joven alegre, deportista, bebedor (pero nunca vicioso), dicharachero, esperanzado e integrado. Esta confluencia de la imagen pulcra y del comportamiento deseable muestra

la realidad de fondo. Lo juvenil es el escaparate que muestra la imagen propia del joven con suficiente holgura económica como para consumir lo que el mercado sanciona como legítimo. Se trata de un ideal modélico deseado, pero, en cuanto tal, la mayoría de veces, inalcanzable para la gran mayoría de jóvenes. Esto explica su poder vocativo y que el sistema se afane en dirigirlo a este segmento poblacional. La imagen implica normas. De ahí, que este joven sea el heredero deseable del siste-

[...] la juventud revela un proceso metastático del sistema sociopolítico salvadoreño, pues tiene una sinergia perversa, que se ensaña con ella. Su cantidad indica subdesarrollo, que ya es bastante. La exclusión que padecen remite a abandono e invisibilidad desde lo público. La violencia expresa desesperación y atroñas en los agentes y en los procesos de socialización.

ma, un joven que grita con una sonrisa impecable que las cosas funcionan, que valen la pena y que lo mejor aún está por venir⁵. Es un recurso de normalización y control social, ideológicamente cargado, el cual es presentado a los jóvenes como una moda inofensiva⁶. Para el imaginario adulto es un recurso tranquilizador, pues desestima la existencia de esos otros jóvenes que “insisten” en mantenerse marginados, al tiempo que constituye una

muestra difusa, pero suficiente y exitosa de la labor eficaz del sistema.

Las tribus urbanas responden a lo juvenil con la resistencia. A veces, de manera organizada; a veces, de forma espontánea, por frustración o con conciencia plena. Encarnan así las contradicciones sociales y de clase, expresadas en planos simbólicos, pero entrelíneas. El joven juvenil también es la imagen de la propaganda política, pues el joven no juvenil no vende. Lo juvenil encarna el cliché de

5. Dos ejemplos iguales: las revistas juveniles semanales *Planeta Alternativo* y *Blur*, publicadas por los dos periódicos de mayor circulación nacional. La primera con un formato más modesto que la otra, muestra actividades de ocio, espacios de expresión electrónica, agendas de vida nocturna, “juguetes” eléctricos y paseos. La segunda, cuyo título podría ser traducido como “borroso”, se adquiere por suscripción y su lema es “otra forma de ver la sociedad”. Su formato es más exclusivo y asegura mostrar lo que está más *in*. Promociona fiestas y artículos de moda y siempre muestra varias páginas de fotografías de jóvenes —sobre todo sus rostros—, mientras se divierten en alguna fiesta. Este formato ha comenzado a ser utilizado también por la otra revista. Ambos semanarios destacan lo visual, lo lúdico y la alegría juvenil, patrocinada por bebidas embriagantes. En síntesis, son revistas juveniles, pero no están destinadas a cualquier tipo de juventud. Al hablar de la hegemonía del cuerpo, conviene tener presente el contenido de estas revistas.
6. La moda cosmética, al igual que la moda estadística, se refiere al dato que más se repite. Quiere decir que una vez el joven está “a la moda”, paradójicamente se siente único, cuando en realidad pasa a ser uno más, se masifica.

“los jóvenes como el futuro de la nación”, precisamente, cuando esta no ofrece futuro a sus jóvenes. La cultura también es ámbito de lucha y conflicto, y por tanto, comprueba que lo aparente también es parte de la realidad y tiene consecuencias. En conclusión, la cultura constituye una estructura de justificación de la dominación social al devenir en ideología (Beltrán, 1991; De la Corte, 1999; Marger, 1999). En sentido estricto, cuando se habla de cultura juvenil, se alude a la cultura propia de lo juvenil, de los jóvenes juveniles. De ahí que, en lugar de usar el término “cultura juvenil” se prefiera el de *cultura de juventud*, siempre en singular para distinguirla de las subculturas y las contraculturas de cada cultura mayor, y con una clara sus-tracción del adjetivo juvenil en su denominación.



El propósito de este artículo es un tanto ambicioso, ya que se propone describir la cultura de juventud que reviste la experiencia de ser joven, en la actualidad. Por lo tanto, el interés no lo constituyen las tribus urbanas o subculturas, aunque es inevitable tener presente sus expresiones, sino la matriz general, que alimenta su identidad, sus ritos y sus símbolos de pertenencia o disidencia. Para ello, retomo de Martín-Barbero (1998), cuatro ejes amplios, que articulan las distintas expresiones que identifican a la cultura de la juventud: la devaluación de la memoria histórica, la hegemonía del cuerpo, la socialización tecnológica y la volatilidad política.

3. Características de la cultura juvenil contemporánea

3.1. La devaluación de la memoria histórica

Aun cuando Martín-Barbero (1998) habla de la devaluación de la memoria a secas, me inclino por agregar el adjetivo “histórica”, lo cual permite hacer referencia a la negligencia o la intencionalidad política. De la amnesia como una pérdida accidental del recuerdo al olvido como acción interesada para borrar el pasado, hay un gran trecho y una importante gama de implicaciones (Gaborit, 2005). La devaluación de la memoria es, para la juventud, la forma habitual de su tiempo. La juventud vive en el presente, una actitud vital alimentada por los cambios urbanos y la obsolescencia de los objetos coti-

dianos. El paisaje de San Salvador se llena de forma acelerada de trazos uniformes, seriales, propios de un estilo “contemporáneo” —metal cromado, asfalto a niveles, cristales de visión unidireccional o como escaparates, líneas rectas sin imaginación, cableado, neón y carteles publicitarios inmensos. Esta arquitectura urbana está acompañada por *la arquitectura de la remesa*, que lleva el sello *Made in USA*. Los acabados de lujo alternan con construcciones nativas precarias. Asimismo, se destaca *la arquitectura de la inseguridad* del alambre electrificado (y su respectivo cartel de advertencia), el muro, el portón y hasta el vigilante fuertemente armado. Las desangeladas construcciones se erigen a pasos agigantados como monumentos al vértigo, impuestos por la ciudad, cuya metáfora mejor es el tráfico pesado, hormigueante, agresivo e interminable. Afuera, donde el paisaje original se desdibuja, se levantan centros comerciales, donde todo se vende —sobre todo las apariencias—, pero apenas se compra, porque no alcanza, y los pasos a desnivel que facilitan el movimiento acelerado y perpetuo. Adentro, aparatos eléctricos, en lugar de arte u objetos que promuevan el diálogo intergeneracional: la televisión, la computadora y el aparato de sonido suenan, son vistos y manipulados “interactivamente”. Fascinada, la familia se congrega alrededor de ellos, sin ganar en capacidad para el intercambio y la comunicación, porque cuando un aparato suena, la gente tiende a callarse. Y si además ofrece imágenes, el prodigio es tal, que el otro desaparece. La televisión permite incluso correr más rápido que las autopistas de asfalto, a través del *zapping*, un eterno presente de imágenes fragmentadas y des-

jerarquizadas. Adentro y afuera, la cotidianeidad es reconfigurada con nuevos patrones de esparcimiento, comunicación, necesidades creadas y cosmovisiones, las cuales el adulto vivencia como desfase y desarraigo, mientras que el joven las vive como un habitual arraigo deslocalizado. Es la lógica-ilógica de lo momentáneo y simultáneo, de lo reemplazable, aquello que da sentido y configura la identidad.

La evolución urbana hacia un enorme *mall* y el binomio desuso-necesidad de las cosas no ocurren por azar, sino que responden a mecanismos e intereses económicos particulares de una agenda neoliberal (Entrena, 2001; Murphy, Caro y Esposito, 2002). De la misma manera, la desmemoria no puede ser entendida como un simple producto casual. Aun cuando los cambios urbanísticos y el apego intermitente a las cosas cultivan la sensación de desarraigo, y pese a su complejidad, son fenómenos superficiales de gran visibilidad. Más de fondo, implican el olvido sociopolítico. Nadie medianamente enterado de la conflictiva historia salvadoreña puede pasar por alto que esta se explica, en parte, por la resistencia tenaz del poder para hacer memoria. Esto no debe extrañar, ya que la memoria no es un trivial proceso mental de almacenamiento y evocación de la información y el olvido, un simple lapso mental individual. La memoria es un proceso colectivo de inevitable talante conflictivo, el cual coadyuva a la resignificación de las experiencias y los hechos históricos —de ahí el calificativo que la acompaña—. Mientras que el olvido es un recurso del poder para ocultar el pasado social y sus responsabilidades (Gaborit, 2005; Vázquez, 2005). La agenda propuesta por el neoliberalismo intenta proyectarse amnésicamente hacia el futuro, tal como lo atestiguan la evolución de la arquitectura urbana y la rápida depreciación de las cosas.

Es difícil exigir a los jóvenes aprecio por la memoria, cuando la sociedad padece de amnesia histórica y sociopolítica. Las facetas del olvido son

tan antiguas como complejas. En cuanto expresión de poder, esas facetas también son sutiles. La distorsionada historia nacional se ha convertido hoy en civismo vacío y circense. Los ejemplos históricos que demuestran la represión del Estado de antaño, son ocultados de forma muy cuidadosa. Desde el final de la guerra, un discurso oficial deslegitima el interés y la importancia en esclarecer las violaciones de los derechos humanos. Además, se niega a reparar los daños causados a las víctimas y a sus sobrevivientes (Orellana, 2005). El olvido se vende como una necesidad para la viabilidad social y como un producto “natural” del paso del tiempo. En la práctica, busca inclinar la balanza a favor del poder social, aun a costa de aceptar como normal la impunidad y la corrupción⁷ (ver Popkin, 1998). El olvido minimiza o esconde a los responsables de esas violaciones de los derechos humanos y la estructura que las permitió. Impide construir referentes pasados que fortalezcan la administración de justicia y la credibilidad del sistema. La memoria histórica es precaria, pero se equivoca quien la atribuye a la desidia o a la poca edad. La devaluación de la memoria en los jóvenes es real, pero es, al mismo tiempo, expresión de un proceso de olvido colectivo de mayor envergadura, cuyo origen es anterior. La falta de memoria no es fortuita ni neutral, sino construida de forma expresa. En este esfuerzo, los jóvenes son claves para perpetuar el olvido.

3.2. La hegemonía del cuerpo

La hegemonía del cuerpo, según Martín-Barbero (1998), se remonta al movimiento *hippie* y a sus vistosas proclamas, cargadas de emblemas, colores y mensajes contra la guerra, de libertad social y sexual. Pero este movimiento que, en la década de 1960, encontró en el cuerpo una propuesta contracultural tímida, adornada con flores y psicodelia, años más tarde experimentó un cambio notable. En la actualidad, el cuerpo es objeto de culto hedonista y de experimentación. Exalta lo visual como represen-

7. Entre otros ejemplos vergonzosos, por ahí deambulan sin preocupación alguna los asesinos de tantos civiles y de los sacerdotes jesuitas de la UCA; siguen sin aparecer miles de dólares en fraudes al sistema financiero y a la cosa pública (FINSEPRO, ANDA, etc.); el diputado pistolero Merino continúa en su curul, mientras las clases más desfavorecidas saturan las cárceles; y más recientemente, parece que es posible obviar el señalamiento de enriquecimiento ilícito que se hiciera a buena parte del gabinete y al mismo ex presidente Flores, así como pretender cínicamente que la Corte Interamericana de Derechos Humanos nunca pronunció una sentencia en contra del gobierno en el caso de las Hermanitas Serrano, niñas víctimas sobre las que la defensa del gobierno, reeditando su desaparición y el estilo mercenario del hecho, balbuceó como único argumento que ellas nunca habían existido.

tación de la realidad y, en buena medida, enfatiza la necesidad de sentir por encima del conocer. Uno de los rasgos de las nuevas formas tribales es el predominio de lo dionisiaco sobre lo apolíneo, es decir, de lo eufórico, momentáneo y sensitivo por encima de lo gradual, lo postergable y lo elaborado, en una palabra, de lo que tradicionalmente se considera adulto (Costa *et al.*, 1997 y Zarzuri y Ganter, 1999). A la hegemonía del cuerpo, una característica global, y del elemento dionisiaco, un rasgo tribal, se agrega la *fisicidad*⁸ de la experiencia, el elemento más variado y sobresaliente de los jóvenes. De esta forma, en la actualidad, predominan los eventos donde hay aglomeración, estimulación excesiva y contacto físico intenso —conciertos, bailes, carreras motorizadas, deportes “extremos”, la pasarela y hasta violencia. El encanto de estas actividades reside en ver y ser visto, en sentir el espacio físico y sobre todo en su atmósfera. Son ocasiones donde, en última instancia, se busca un contacto humano que contrarreste —que se logre es otra cosa— la masificación y el anonimato de la vida moderna.

Ahora bien, la hegemonía del cuerpo no consiste solo en su predominio como herramienta para experimentar la vida, sino que aquella debe ser entendida como la corporalización de intereses particulares, los cuales llevan a la ya mencionada juvenización. En el reinado del cuerpo debe existir un cuerpo rey, legítimo, con la apariencia apropiada, vendible y admirable. Cada subcultura de juventud posee una gama de ropajes y simbolismos específicos —tatuajes, ritos, etc.—, pero aquí se trata de entender qué se esconde detrás de la entronización de la piel y del aspecto personal y sus implicaciones. Conviene advertir sobre el peligro de confundir la *facticidad* con el aspecto físico y la fisicidad. La primera es la disposición de capital temporal que aleja la muerte física, demográfica, social y subjetivamente. Al verlo, no cabe duda que un joven es, en efecto, un joven (Margulis y Urresti, 1998). Pero el aspecto físico y la fisicidad no se encuentran en todas las juventudes, puesto que no todas tienen la afición, el tiempo, el dinero o las características para ser parte del predominio de lo corporal y sensorial. El rostro excluyente e interesado de la hegemonía corporal es evidente

en el auge masivo de la industria cosmética, la cual promete preservar —o devolver, porque lo juvenil también es mercancía codiciada por los adultos— la belleza juvenil, por medio de las dietas, los aparatos (mecánicos, eléctricos e hidráulicos), las pastillas, los tratamientos, los vestuarios “disimuladores”, los deportes o la cirugía. Esta oferta es correspondida por una demanda ávida de ser embellecida.

En el mercantilismo estético se esconde una dinámica perversa con un elevado nivel de alienación. Así, a la supuesta felicidad ofrecida por el consumismo con el acaparamiento de cosas, se agrega ahora un halo milagroso de inmediatez existencial, como si al adquirir los productos que prometen, cada uno a su manera, la eterna juvenización —no la juventud, lo cual es imposible—, también se consiguiera la realización personal sin menor esfuerzo. Dicho de otra forma, el ser ha sido sustituido con una intensidad sin precedentes por el tener. Hoy se promueve la posibilidad de ser de forma inmediata y fácil, de tal manera que se puede evitar el esfuerzo para bregar contra las exigencias de la vida. Predomina la gratificación sensorial instantánea, por encima del mediano y largo plazo, del esfuerzo, del pensamiento y el trabajo. Es la época de *lo light* como estándar de calidad y de voluntad. Se trata, en suma, de un verdadero alarde atávico que, con una máscara humana y amigable, deshumaniza. La médula, una estructura rudimentaria, y el sistema endocrino, la fuente hormonal adictiva, llevados por el mercado, la vanidad y el sin sentido, han reemplazado al cerebro y su ardua faena de construir una vida más plena y más humana.

Light califica dejando fuera algunas cualidades. La *cosa Light* aparenta ser aquello que, en realidad, no es. Sugiere un sutil *alimento simbólico*, el cual dinamiza un proceso dual, en el que, por una parte, se consume, se posee o se incorpora algo, por imitación, conformidad o por pago económico. Al mismo tiempo, *lo Light* también se apodera del consumidor, pervirtiendo su sentido de identidad, su esfuerzo y el valor personal, pues aspira a tener cosas antes que ser alguien. La posesión de cosas, apariencias e incluso de personas, es el fundamen-

8. La fisicidad incluye también el espacio en el que los jóvenes “usan” y exhiben su cuerpo, pero esta faceta aparece mejor cuando se describe una subcultura específica con sus rituales y simbolismos asociados a aquel. Por tanto, acá la fisicidad servirá para hablar únicamente del cuerpo como la herramienta particular altamente visible que in-corpora y recrea intereses y contradicciones y que permite visibilizar tendencias socioculturales más profundas.

to de una vida paradójica y necrófila (Fromm, 2004). Es una ilusión de ser porque se poseen apariencias, cosas o personas, en detrimento de actividades fundamentales del ser humano —la voluntad, el razonamiento, el esfuerzo y la inventiva—. Así, en la actualidad, lo *Light* permite comer lo que plazca, porque se puede ingerir la última píldora del mercado o usar el jabón más reciente para quemar la grasa. Asimismo, evita leer libros enormes y aburridos, porque ya salió —o saldrá pronto— la película, la versión de bolsillo o el CD interactivo. Evita la visita engorrosa o el intercambio personal con el otro con el envío de un mensaje por correo, de voz o de texto, incluso acompañados con animaciones. El amor se manifiesta con el regalo de cosas, entre más caras mejor. No hay esfuerzo por aprender, sino por retener el mínimo necesario para el examen, o bien aquello que los apuntes “recuerdan”. Se prefiere la calculadora para las operaciones simples. En lugar de buscar ayuda para resolver la vida personal o de pareja, se prefiere adquirir el último libro de autoayuda⁹ o de autoestima o bajar esa información de Internet, lo cual cuesta menos dinero y es más práctico, puesto que se encuentra en forma de *tips*. Y así, un largo etcétera.

La hegemonía del cuerpo es la punta de lanza de una tendencia sociocultural, respaldada por diversas fuerzas sociales —mercado, desesperanza, masificación, búsqueda de identidad y pertenencia, etc.—. Esta tendencia fomenta en los jóvenes, y en los no tan jóvenes, un modo de estar en la realidad de claro talante postmoderno —difuso, evasivo, apolítico, dionisiaco, infantil, desesperanzado, *Light*—. Estas fuerzas sociales convierten al joven en paradigma de lo moderno, en una doble acepción, como novedad, o sea, como objeto y sujeto de consumo de lo último, de lo *in*, y en un sentido débil, es decir, en paradigma de una realidad aligerada (Martín-Barbero, 1998). De esta manera, el

joven, pero sobre todo su idealización juvenilizada, se “libera” de su edad y se convierte en un fetiche, que obsesiona a otros jóvenes, aun cuando estos vivan en condiciones de desigualdad. También obsesiona a los viejos, porque es un prototipo al cual desea asemejarse y poseer.

Esto es muy peligroso, no solo porque vuelve la vida irrelevante, sino porque, llevado a extremos, implica alienación, sociopatías y psicopatología. Cada vez son más frecuentes las cirugías y los tratamientos estéticos, los consumidores compulsivos de belleza e imagen; asimismo, también son muchos los mercaderes de imagen y de frivolidad, quienes a través de los *reality show* de la televisión promueven esas tendencias. Esta empresa cuenta con la colaboración de médicos, quienes hacen de su profesión un bien más del mercado. La frecuencia del desorden alimenticio es ahora mayor y se expresa en la anorexia nerviosa y la bulimia, padecidas por muchas jóvenes e incluso por niñas. De la misma manera son cada vez más frecuentes las películas de y para adolescen-

Es difícil exigir a los jóvenes aprecio por la memoria, cuando la sociedad padece de amnesia histórica y sociopolítica. Las facetas del olvido son tan antiguas como complejas. En cuanto expresión de poder, esas facetas también son sutiles. La distorsionada historia nacional se ha convertido hoy en civismo vacío y circense.

tes, que muestran una típica escena de un grupo de compañeras que comen y departen en la cafetería escolar para dirigirse luego, también en grupo, a vomitar lo comido. El desorden alimenticio está vinculado a la presión por encontrarse en los estándares de belleza vigentes y a la valoración negativa del aspecto corporal. Un estudio sobre el aspecto de modelos de pasarela y de las páginas centrales de *Playboy* encontró que el 20 por ciento de las primeras y el 33 por ciento de las segundas podían ser clasificadas clínicamente como anoréxicas. Existen informes sobre niñas de ocho y nueve años que se sienten gordas para ser consideradas bonitas (Baron y Byrne, 2005; Coon, 1998; ver, además, Toro y Vilardell, 1989). Los jóvenes se preocupan por las arrugas y los adultos por verse jóvenes y juveniles, en un círculo vicioso que, en última instancia, trastorna el ser y la razón.

9. La autoayuda que se vende en estos días se distancia del apoyo social del cual se deriva. En realidad, se refiere a un *do it your self*, una salida individualista y psicologista que, en forma de receta, prescinde del otro.

La hegemonía del cuerpo comprende elementos como la urgencia de las sensaciones, el predominio de la apariencia juvenil, la ilusión de la felicidad inherente al consumismo, la instantaneidad de la realización humana en detrimento de la razón, hasta el extremo de la patología. Estos elementos constitutivos de esta parte de la cultura de los jóvenes llevan a una *ilusión ética*, entendida esta última como la búsqueda tenaz de las formas mejores de vida para uno mismo y para los demás. Cualquiera podría decir que es válido verse bien, tener gratificación sensorial y hasta, de paso, alcanzar la plenitud personal, máxime si puede conseguirse sin demasiado esfuerzo. Ahora bien, la justificación de una acción forma parte de la ética, pero no toda justificación es válida y por ello vuelve ética la acción. Mucho menos si justifica actos de puro interés personal y es ajena a los principios éticos amplios o universales (Singer, 1995). Solo la universalidad otorga estatuto ético a la acción humana, ya que trasciende el beneficio personal y armoniza el interés propio sin menoscabar el de los demás. De ahí que lo juvenil, el consumismo, la posesión de cosas, la apariencia, etc., deterioren la razón, obnubilen la conciencia y tracen un horizonte de realización humana ilusorio, experimentado como felicidad y plenitud, cuya confirmación diaria se da en el espejo, en el halago, el contacto sudoroso y anónimo de la disco, o sea, en formas que alivian la angustia existencial. No es lo mismo *tener* felicidad que *ser* feliz, de la misma manera que la vanidad narcisista, la cual, por juguetona e infantil, divierte, no es lo mismo que el esfuerzo humano vinculante, que vitaliza y hace crecer con el otro, cuando esto ocurre, además de ético, el resultado es realmente estético. Más radicalmente, todo ser humano busca perseverar en su ser y así contempla un proyecto de inmortalidad, porque la voluntad humana jamás desea morir (Fromm, 2004; Savater, 1988). Si el principio rector de la vida es consumir y tener cosas, entonces, se cree que la inmortalidad está garantizada por lo que se tiene, lo cual incluye la apariencia. Savater (1998) dirá que la inmortalidad no conlleva la “negación de la muerte, ni la supervivencia espiritual después de la muerte, sino la resistencia institucional ante la desvalorización aniquiladora que la presencia permanente de la muerte impone a toda actividad humana”, y añade, “toda institución humana es en un grado u otro inmortalizadora y no hay más cultura que la pretensión de inmortalidad” (pp. 94-95).

Cuando el proyecto de inmortalidad responde a una “falsa conciencia ética”, la cultura, lejos de pro-

mover una forma de vida mejor y universal, fomenta el consumo excluyente y compulsivo, el embalsamamiento epidérmico y la catarsis sensorial. Esto significa hipotecar la inteligencia humana. El sálvese quien pueda cosmético desprecia la sabiduría, porque es vieja, tiene canas y arrugas, es paciente y no sabe de liposucción, ni de *botox* como base de la expresión y no practica deportes extremos. Es la negación de la inteligencia. Y si Marina (2002) tiene razón, es posible concebir la existencia de sociedades no inteligentes, cuando estas no “logran resolver el máximo número posible de problemas que afectan a la felicidad personal” (p. 151). El proyecto más elaborado de la inteligencia humana es, precisamente, la ética. La hegemonía del cuerpo tiene poco o nada de ética, por lo tanto, en sus formas más extremas, es tan linda y gratificante como bruta, angustiosa y alienante.

3.3. La socialización tecnológica

Martín-Barbero (1998) denomina a este rasgo como empatía tecnológica. La nueva generación es empática con la tecnología de su tiempo, según su situación material específica. Esto propicia la recurrencia de los choques generacionales y el avance técnico de la sociedad. Mientras el viejo se siente abrumado y superado por la novedad tecnológica de forma muy rápida, el joven sabe correr al ritmo vertiginoso de su actualización constante, gracias a su plasticidad cognitiva. La adultez llegará con la ralentización del ritmo de vida y la diversificación de las responsabilidades. Entonces, de forma repentina, el otrora joven experimenta el desfase de sus mayores y la naturalidad de la relación de los jóvenes con la tecnología, pues han nacido con ella. De la misma manera que los niños-jóvenes tuvieron empatía con los primeros automóviles y la televisión en blanco y negro, hoy lo son aquellos jóvenes con capacidad para construir o destruir programas informáticos. La juventud se pierde con el paso del tiempo, pero la generación preserva los códigos adquiridos, lo cual permite el intercambio y la funcionalidad a la generación actual y alimenta su capacidad generativa, es decir, productiva y socializadora respecto a la generación de relevo (Margulis y Urresti, 1998). Por eso, no es empatía, porque dice poco o nada de los jóvenes actuales, sino socialización, un proceso en el cual la empatía y lo tecnológico se combinan con mayor acierto.

La socialización tecnológica se refiere a la propensión contemporánea de la juventud a interiorizar

pautas de comportamiento y cosmovisiones, provenientes de las videoesferas, lo cual ha trastocado los procesos, los agentes y los medios tradicionales de transmisión de la cultura, como serían la familia o la escuela (Marger, 1999; Martín-Barbero, 1998). En la actualidad, los modelos esenciales para los procesos de identificación que, a la postre, llevarán a la recreación de la cultura, provienen, en gran medida, de las pantallas de televisión, el cine o la computadora, cuyo relato es más visual que verbal. La secuencia vertical de apropiación de las pautas socialmente aceptables, provenientes de una visión centrada en lo adulto, se ha desmoronado. En su lugar, se da un proceso de socialización horizontal, ejercido por el grupo de iguales o desde la "virtual" igualdad de estas pantallas. Los pares y no los padres, la pantalla y no el libro, el videojuego colectivo y no el deporte de equipo, el *chat* y sus *emoticons* sobre el intercambio cara a cara, cuestionan el esquema clásico de socialización primaria y secundaria de Berger y Luckmann (1968), y confirman que la construcción social de la realidad se realiza allende del mundo adulto, de sus expectativas y sus fuentes conocidas. Es innegable que los jóvenes se socializan entre sí, en un proceso donde actúan como agentes grupales activos (Harris, 1999). Así se explican los dinamismos y significados nuevos que cada generación imprime a su cultura de acogida. Esto sugiere que las manifestaciones e implicaciones del choque generacional tienden a obviar la complementariedad generacional y sus procesos de socialización. Es cierto que los procesos actuales de socialización han roto con la visión adultocéntrica, pero sus restos han servido para la nueva construcción. Los jóvenes son agentes activos de creación y recreación cultural relativamente autónomos, pero es un desacierto teórico y práctico alejarlos de la vinculación relacional, de la dependencia material, de la responsabilidad social y de la influencia decisiva del mundo adulto, pese a su mayor o menor aceptación. La devaluación de la memoria ha probado este punto.

La hegemonía del cuerpo es la punta de lanza de una tendencia sociocultural, respaldada por diversas fuerzas sociales —mercado, desesperanza, masificación, búsqueda de identidad y pertenencia, etc.—. Esta tendencia fomenta en los jóvenes, y en los no tan jóvenes, un modo de estar en la realidad de claro talante postmoderno —difuso, evasivo, apolítico, dionisiaco, infantil, desesperanzado, *Light*—.

La implicación más evidente de la socialización tecnológica para el binomio jóvenes y cultura es la debilidad y el retroceso de las instituciones adultas que, por lo general, han sido las depositarias del saber sociocultural y, en cuanto tales, las encargadas de la formación de las nuevas generaciones. Este cambio permite cuestionar y replantear de forma innovadora a la institucionalidad social obsoleta, pero es muy difícil hacerlo en competencia con la realidad aligerada de las nuevas tecnologías. En este sentido, sin ser su situación exclusiva, la institución familiar es paradigmática. Desde mediados del siglo XX, su idealizada estructura nuclear ha sufrido transformaciones severas —divorcios, separación forzada, segundos frentes, familias monoparentales, largas jornadas de trabajo

bajo de la industrialización capitalista que "desaparece" a los progenitores, etc.—, las cuales han socavado una de sus funciones básicas: procurar vínculos cercanos y afectivos esenciales para el desarrollo de la identidad de sus nuevos miembros. Este escenario, que ha afectado a la familia y a otras instituciones sociales, ha sido causa y efecto de la permeabilidad cultural ante el intercambio impersonal, promovido por las nuevas tecnologías (Hobsbawm, 2003; Krauskopf, 2002).

En este contexto de cambio cultural y debilitamiento de las instituciones, la realidad visual ha derrotado a la tradición oral. De esta manera, el contacto personal ha sido sustituido por otras formas de intercambio, visuales y virtuales, al mismo tiempo que se abren otros horizontes de interés, identificación y autoridad. En un sondeo en línea de *BBC Mundo* (2005) para conformar un gobierno mundial, integrado por once personalidades, los electores escogieron a dirigentes como Nelson Mandela, Noam Chomsky y el Dalai Lama, al ex Presidente estadounidense Bill Clinton y a empresarios millonarios como Bill Gates, y también a futbolistas y artistas, aunque con menos preferencias. Conviene enfatizar que más de la mitad de los quince mil electores eran estadounidenses, que

las once personalidades seleccionadas eran hombres, que el sondeo ofrecía cien opciones, donde aparecían líderes, intelectuales y “otros poderosos del mundo”. Aun cuando el número de jóvenes que tomaron parte en el sondeo es desconocido, en su resultado aparece un elemento muy juvenil, promovido por las videoesferas, lo que Sartori (1998) llama *falsos testimonios*, es decir, la atribución de un peso desproporcionado a “autoridades cognitivas incompetentes” que, por eso mismo, no debían opinar sobre temas relevantes. En el resultado de este sondeo cabe destacar las connotadas personalidades preferidas por los participantes, la procedencia predominante de la mayoría de estos y también de los seleccionados, la preferencia por divos y divas de la farándula y sobre todo la presentación de sus candidaturas por la agencia noticiosa. Sin embargo, esta es la realidad actual. Las modelos de las pasarelas opinan sobre ecología. Los artistas y los millonarios hablan sobre la pobreza. Pero las autoridades “cognitivamente competentes” son censuradas o ignoradas, porque lo que dicen suele ser contrario a intereses particulares.



La socialización tecnológica plantea a las nuevas generaciones el dilema de identificarse con los seductores representantes de la farándula o de la iconografía, o bien con los representantes de “la vieja escuela cultural”, los padres, los maestros y las iglesias. Los primeros están investidos de autoridad para opinar —aunque algunos de ellos están exentos de tal responsabilidad—, ganan mucho dinero, parecen pasarla bien siempre, están a la moda y se accede a ellos por medios visuales y sensorialmente agradables —publicidad, páginas web, videoclips, etc.—, los cuales no exigen mayor esfuerzo reflexivo. Sin embargo, el joven tiene la sensación de controlar el “intercambio” y de estar en el mismo nivel que ellos —literalmente, se encuentran a un *click* de distancia—. Por el otro lado, los padres, agobiados por las responsabilidades cotidianas y su buen o mal ejemplo, los maestros y sus “enormes e interminables” libros y sus exigencias institucionales, y las iglesias con sus obligaciones simbólicas y rituales. Estos extremos se cristalizan en dos procesos complementarios propios de las sociedades modernas, la *hiperescolarización* y la *hiperpaternidad* (Rosenfeld y Wise, 2002).

Estos procesos responden a la combinación de la tecnificación acelerada, la sensación de insuficiencia personal y la lectura amenazante del mundo. La hiperescolarización consiste en el exceso de tareas y actividades asignadas por la escuela a los niños, las cuales regulan de una forma pormenorizada su vida diaria. Los padres, por su lado, también asignan tareas similares para, desde la más temprana edad, dotarlos de las herramientas necesarias. De esta manera, les ofrecen aquello que cuando ellos fueron jóvenes, no pudieron obtener. La hiperpaternidad es la crianza de los hijos con un perfeccionismo bien-intencionado, motivado por la percepción de un mundo exigente, que descarta con facilidad al menos apto. Esto genera en los padres la sensación de inseguridad, la cual es confirmada por el mercado pedagógico, que les atiborra con artefactos y literatura, consagrada por estudios científicos o por especialistas (pediatras, psicólogos, etc.). Los padres se enfrentan así con sus deficiencias y se encuentran con la necesidad permanente de pedir ayuda. Al final, estos “hiperprocesos” mantienen activas las inseguridades del adulto sobre su eficacia en cuanto padres y también otras menos concientes sobre sus carencias personales de juventud, lo cual lo empuja a abrumar la vida del niño-joven, “por su propio bien”. En consecuencia, el niño-joven responde al agobio y a la presión con el rechazo, el cual incluye a la institucionalidad adulta que así lo dispone. Esta última es percibida como igualmente obsoleta y muchas veces hasta infeliz. En resumen, un modelo al cual no es deseable asemejarse (Krauskopf, 2002).

Buena parte de la empatía tecnológica no se limita a la facilidad con la cual el niño-joven puede manipular los diferentes artefactos. El intercambio con la máquina, en realidad, no solo entretiene, devuelve autonomía, complicidad, permite ganar una compañera de juegos y confesiones perfecta (Wallace, 2001). La máquina brinda un apoyo y despierta una afición que el adulto, en su desesperación, su ignorancia o su resistencia, a veces, no puede ofrecer. La empatía tecnológica, que no siempre es el medio mejor para entrenar en empatía humana, muchas veces llena el vacío relacional dejado por el adulto. Ella brinda cobijo y modelos. Permite el surgimiento de otros niños-jóvenes reales, en el mejor de los casos, o anónimos *nicknames* y hasta mensajes de textos en los celulares, que, aunque virtuales, por amigables, son suficientes para sustituir el vacío dejado por el adulto.

Además de la autodefensa mutua, que a la postre deviene en el recrudescimiento del choque generacional, la socialización tecnológica entraña el exceso de imágenes, el cual ha suplantando, según Sartori (1998), al *homo sapiens* por un *homo videns* en la sociedad actual. Se trata de un individuo cuyo lenguaje conceptual (abstracto) ha cedido el terreno al lenguaje perceptivo (concreto), con el consecuente empobrecimiento cuantitativo y cualitativo de los procesos de pensamiento. El pensamiento maduro se caracteriza por la abstracción, la connotación, la comprensión, la decodificación, etc.; mientras que las etapas evolutivas iniciales (inmaduras) se caracterizan por procesos de pensamiento concretos, necesitados de referentes normativos palpables, lineales y simplificados. De ahí que Sartori afirme que estamos ante una regresión, en la capacidad de entender y, por lo tanto, ante un "video-niño". La Comisión Económica para América Latina (CEPAL, 2004) ante el debate sobre la lectura escrita y la imagen, constata con ligereza que existen partidarios y detractores. Su informe señala con gran ambigüedad que los modos de leer evolucionan. Los jóvenes leen, pero otras cosas y en otros formatos, sobre todo hipertextos, es decir, textos no lineales, escritos o visuales, con formas de acceso y recorrido múltiples. La afirmación más acertada y audaz es el reconocimiento de que los jóvenes ahora leen menos, pero no menos que otros grupos etáreos. Ahora bien, cuando Sartori habla

del "video-niño" se refiere a los adultos, lo cual apunta a la estrecha relación generacional existente. Esta postura es más acertada que la indiferencia de la Comisión Económica, porque está de sobra probado que los procesos de pensamiento transitan de lo concreto a lo abstracto y que la aptitud madurativa que el cerebro adquiere conforme crece el individuo no se traduce de manera automática en la capacidad de abstraer, puesto que esta requiere entrenamiento. Hay evidencia que muestra que la influencia de experiencias educativas limitadas y de variables culturales y ambientales puede llegar a inhibir la emergencia de destrezas simbólicas (Henson y Eller, 2000; Medrano, 1997). Asimismo, solo ver o solo leer el poco texto que acompaña una imagen no exige la disciplina necesaria para leer un texto extenso y ya no se diga uno completo. El hipertexto de una página electrónica, la lectura dominante de los jóvenes, no suele tener textos extensos. No es posible reconciliarse con el lento avance unidireccional de las páginas de un libro sin imágenes, cuando se está acostumbrado a leer o entretenerse con hipertextos, donde se salta de un *link* a otro, de un icono a otro o de un "sitio web" a otro¹⁰. Afirmar que una imagen vale más que mil palabras es una insensatez, porque aquélla necesita de palabras que expliquen su sentido último (Marina 2002). La inteligencia es, ante todo, lingüística y necesita de la interacción social. La computadora, el videoclip, el videojuego, la televisión, etc., están diseñados para ser vistos y no para ser interpretados y menos para aumentar la capacidad de la inteligencia para la interpretación. Son medios donde el contenido carece de jerarquía, donde el formato es más instantáneo que procesual, donde la fantasía y lo lúdico tienden a distorsionar y a empobrecer el vocabulario y no contribuyen a formar el hábito de la lectura, por ende, tampoco el de la escritura, y menos el de la comunicación personal efectiva. Estos formatos visuales, paradigma de la postmodernidad, dan primacía a lo virtual sobre lo real por su ausencia de localización, su vacuidad y su velocidad sin dirección (García Canclini, 1990). Cualquier recurso tecnológico tiene ventajas y desventajas. El atractivo y la presencia de Internet o de la televisión aconseja a los adultos romper con su soberbia adolescente, la que tanto achacan a los jóvenes. Esa soberbia les impide el diálogo frecuente y honesto,

10. Fernando Savater, en su *Autobiografía razonada* (2003), comenta con agudeza que el verdadero acto de magia de Harry Potter, el aprendiz de mago creado por J. K. Rowling y recreado en enormes y diferentes volúmenes, es haber despertado el viejo hábito de la lectura en los niños y jóvenes.

crítico e interesado sobre lo que ven o lee. De lo contrario, se corre el grave riesgo de caer en el silencio virtual (Wallace, 2001).

3.4. La volatilidad política

Es común referirse a la contracultura política (Martín-Barbero, 1998), pero por precisión y sano pesimismo, prefiero hablar de volatilidad política. La literatura sobre la cultura juvenil (Costa *et al.*, 1997; Martín-Barbero, 1998; Zarzuri y Ganter, 1999) da por obvia la naturaleza contracultural, e incluso política, de las subculturas juveniles, pues lo que hacen y son contraviene a la cultura dominante, a sus autoridades, a las tradiciones y a las instituciones. Las expresiones contraculturales típicas de los jóvenes son el *rock*, el *graffiti*, el tatuaje, la jerga, cierto vestuario y hasta Internet, es decir, ámbitos y expresiones que manifiestan la dimensión dionisíaca de las juventudes. Pero no se trata de la permanencia, la actualización o la innovación de las formas de expresión de la juventud. Si así fuera, tal como se dijo a propósito de la empatía tecnológica, no estuviésemos diciendo nada nuevo, ni tampoco claro, pues una vez surgida, la subcultura es una contracultura política. Afirmar sin más que una subcultura es contracultural es un error, pues hace equivalente el pasatiempo colectivo, la rebeldía adolescente o la apariencia “dura” y ocasional con una propuesta contestataria, elaborada y asumida de forma consciente. Hace poco más de tres décadas, en un escrito de “juventud” y a propósito de jóvenes, Martín-Baró (1972) insistía en la necesidad de diferenciar entre revoltosos, rebeldes y revolucionarios. Puesto que los revoltosos son indóciles, pero infantiles e individualistas. Los rebeldes son de origen popular, pero irreflexivos y arrebatados. Sus acciones inofensivas no modifican el estado de cosas e incluso pueden ser utilizadas para respaldar el sistema al cual dicen oponerse, por la apertura y la tolerancia de este ante tales “afrentas”. El revolucionario persigue el cambio de la institucionalidad actual, en el plano material e ideológico. Por lo tanto, apunta a algo y no en contra de alguien. Busca su meta a través de un proceso, el cual exige madurez, realismo y preparación intelectual.

Si se entiende lo político como una faceta propia del ser humano cuyas acciones u omisiones pueden incidir en el ámbito público y las relacio-

nes de poder que lo configuran, hay que reconocer que Martín-Barbero (1998) recoge la equiparación de los jóvenes con la contracultura política *por default*. Es así como este autor afirma que para los jóvenes “la lucha o el debate político, se hacen desde el cuerpo o la escuela: erosionando la hegemonía del discurso racionalistamente maniqueo que opone goce a trabajo, inteligencia a imaginación, oralidad a escritura, modernidad a tradición” (p. 35). Este planteamiento maniqueo de la relación de los jóvenes con la institucionalidad adulta solo deja espacio para el encontronazo generacional. Además, una cosa es el potencial de las formas de lo joven para socavar la visión adulta y otra que estas alcancen una connotación política y, más aún, una intencionalidad política. La hegemonía de la institucionalidad adulta es erosionada, sin duda, por una tocada (concierto), un placazo (*graffiti*) o un tatuaje, dado su carácter innovador y disruptivo de las pautas establecidas; pero no se puede afirmar sin más que estas expresiones sean política.

Mal haría la academia en intentar rescatar la figura de los jóvenes del estereotipo visceral y desinformado, el cual los etiqueta con facilidad como violentos o carentes de valores, a través de la idealización de los resultados de sus acciones, capacidades e intenciones. La dificultad, en cada caso, es grande, pues el reto tiene aspectos diversos. En primer lugar, las expresiones juveniles muy pocas veces explicitan lo político. No existen expresiones puras y coherentes. En segundo lugar, la adjetivación política de sus acciones proviene de la institucionalidad adulta, académica o pública. La academia suele pensar a los jóvenes, pero rara vez lo hace con ellos. La institucionalidad pública los utiliza, según la coyuntura. En tercer lugar, mucho de lo joven se va en pasar el rato, tal como lo sostiene la literatura de las tribus urbanas, y lo confirma la hegemonía del cuerpo. En cuarto lugar, la gran mayoría de las propuestas juveniles carece de contenido, pues son producto de una combinación compleja de la masificación, del esfuerzo mínimo y de la superficialidad de lo *light*. No existen nichos culturales que ofrezcan a la juventud algo permanente con potencial concientizador, que, además, sea “alternativo” a las tendencias dominantes de la industria del aburrimiento y a la pasividad de los momentos de ocio¹¹ (Fromm, 1968/2000; 2004), etc. Y por último, una vez agotada la juventud, es difícil establecer la incidencia de las acciones

11. Fromm se acerca al mercado y al consumismo que lo dinamiza, a través de la industria del aburrimiento y de la pasividad de los momentos de ocio. El consumismo alivia la angustia, pero también incita a consumir más, porque

y su trascendencia en la vida del joven. La incidencia política, cuando no es rebelde o revoltosa, el sistema la vuelve invisible, la distorsiona ideológicamente, la contrarresta o la niega. En cambio, la permanencia y la maduración de lo político-joven a lo político-maduro (para no decir a lo político-adulto) nadie parece considerarlo teórica y metodológicamente.

Es claro que no todo es político, pero tampoco todo lo es en el mismo grado. Por lo tanto, la dimensión contracultural política de los jóvenes debe ser planteada en términos conativos. En consecuencia, aquí se habla de volatilidad política. Volátil por inestable, probable, explosiva y, a veces, arrebatada. Es una acción tan efímera como las tribus urbanas en las que se manifiesta (Costa *et al.* 1997; Margulis y Urresti, 1998). Las juventudes tienen opciones novedosas para la expresión política y la información, pero que, al mismo tiempo, son débiles. El tatuaje no siempre se ve. La sentada contra la globalización o contra el imperialismo, eventualmente, se para. El concierto que grita o agita, entre canciones de protesta y también la juerga, pronto se acalla. El *graffiti* llamativo perece y no siempre es legible. La página de Internet está supeditada a los avatares informáticos —acceso, difusión, actualización constante, etc.—. El atuendo llamativo olvida la estética o desconoce la ética que le da sentido. La concreción de las inquietudes y el potencial político de las juventudes, desde el comienzo, está comprometida por el contexto despolitizante propio de las características juveniles revisadas —amnesia histórica, superficialidad acomodaticia e instantaneidad impersonal—.

La despolitización, de forma más específica, opera a través de tres mecanismos. El primero de ellos es la *trivialización*, porque vulgariza el potencial político de la juventud, al masificar y volver mercancía sus ya precarias opciones. Así, las distintas expresiones del arte están condicionadas a seguir una agenda mediático-empresarial, que coarta su creatividad, su lenguaje o su sentido primigenio. O sea, la capacidad del arte para transfigurar la realidad y para mostrar un proyecto distinto (Marina, 2002), debe involucrar hacia el

simple entretenimiento promedio. Este proceso se observa en la camiseta, la página web, la pañoleta, el atuendo adornado con la efigie de la causa o el revolucionario de turno —El Che, el SubMarcos, Jesús, la ecología, etc.—, las cuales han suprimido la historia, la vida, la lucha, el ideario, los escritos y las acciones¹². El segundo mecanismo y a medio camino es la *corrección*, entendida como la prescripción de lo apropiado. Es decir, el sistema tiende a enaltecer y a acompañar con una narrativa conveniente a determinadas figuras, a las cuales considera modélicas; así como también a despotricar contra aquellas atentatorias contra sus intereses. El sistema ofrece héroes apropiados por inofensivos. Las historias oficiales exaltan a próceres “libertadores y evangelizadores”, o más contemporáneamente, el discurso que coloca en primera fila a funcionarios circunstanciales, de dudosa capacidad como el “Presidente de la paz” (Orellana, 2005) o la saturación del imaginario social con la figura del presidente actual cuando cumple sus obligaciones o recibe investiduras académicas inauditas. Los enemigos ideológicos del sistema, en cambio, son señalados y atacados con saña —los partidos de oposición y sus miembros, uno que otro grupo musical (Martel, 2005), escritores, y por aquello de la agenda global, el terrorismo (el “único”, el que puede atentar contra el sistema) y el omnipresente comunismo, revitalizado en los gobernantes cubano y venezolano. Los héroes apropiados son una modalidad de los primeros, aquellos que muestran los modelos oficiales que deben ser imitados. Por lo general, son figuras inocuas engrandecidas, en la línea de lo *light* y de lo visual. Este mecanismo promueve o revive héroes mediáticos y mediocres como la glamorosa y malograda “Lady Di”, la polifacética farándula de Hollywood, que se deshace en caridad y en adopciones de niños de países subdesarrollados, los conciertos contra la pobreza —*Live 8*—, que generan millones en ganancias sin promover cambios sustanciales ni permitir la participación de los pobres, etc.

El tercer mecanismo es la *deificación* o la idealización de la figura política o revolucionaria hasta el extremo de transformarla en un modelo inalcan-

lo poseído rápido pierde su capacidad gratificadora. Asimismo, consumir es, en realidad, una pasividad y nunca una actividad, porque la actividad deviene en más vida, en crecimiento, y no debe ser confundida con simplemente estar ocupado, entretenido, una búsqueda compulsiva y angustiada para huir del aburrimiento. En pocas palabras, aburrir es el negocio más lucrativo y alienante, el cual tiene lugar por la venta de entretenimiento.

12. Será por esto que en la actualidad, según afirmaba, en una entrevista concedida a AFP, Aleida Guevara, hija del Che Guevara, impulsa con sus madre Aleida March y sus hermanos un centro de estudios para frenar la explotación de la imagen del Che y para difundir sus ideas.

zable. Este mecanismo es estratégico. Se recurre a él para neutralizar un modelo revolucionario, por ejemplo, cuando la biografía grandiosa, el halago o la admiración paradójicamente provienen del opositor ideológico, o bien por ignorancia e inercia, cuando el afán de promover una causa o modelo deviene en exaltación emocional, en todos los formatos posibles y hasta la saciedad. Aquello que satura y cansa, sacrifica el sentido, la innovación y la actividad. En pocas palabras, la deificación abstrae la figura y el acto humano del contexto que le da sentido o donde podría cobrarlo, y en su lugar, crea un horizonte de identificación etéreo el cual, con frecuencia, incita a la contemplación y la esperanza ingenua, antes que a la acción esperanzada¹³.

La volatilidad política juvenil salvadoreña no puede ser entendida sin considerar la política volátil en la cual se desarrolla. Esta última se caracteriza por las prácticas informales, la incapacidad para procurar justicia social, la crisis de los partidos políticos, la polarización social y el abstencionismo (Artiga-González, 2002; Cruz, 2001; Maihold y Córdova Macías, 2001; Zamora, 2001). No es extraño, entonces, que los procesos de socialización política (democrática) se hayan distorsionado y hayan contribuido al surgimiento de actitudes autoritarias en la juventud (Orellana y Santacruz, 2003). La volatilidad política y la política volátil, más las notas de la juventud salvadoreña —dimensión social, exclusión, violencia y menor adhesión a la democracia—, muestran el sustrato contextual con el cual cuentan los jóvenes para instruirse, entusiasmarse, identificarse, manifestarse e incidir políticamente. Carecen de ejemplos sólidos, coherentes y duraderos, tanto personales como institucionales. El vacío que deja esta importante pieza del proceso de socialización política es llenado por el arrebatado imberbe, la fascinación por el seudo héroe y el activismo efímero o el inmovilismo. El adulto pide a los jóvenes ser combatientes, activistas, mártires, etc., sin caer en la cuenta de que estos modelos

son suyos —son sus héroes y sus causas—, pero no de ellos. El adulto olvida que comparte la agenda del joven por encontrarse ambos en el presente, pero sin contribuir a que la descifre ni la desafíe con lucidez. Al contrario, al percibirlo como una amenaza a la hegemonía adulta, a la cual se niega a renunciar, desvirtúa sus expresiones, infantiliza su madurez creciente. De esa manera, además, no asume su papel sutil, pero esencial, de permitirles la vivencia de la participación democrática, con vistas a la aceptación y perpetuación posterior de una institucionalidad de igual cariz.

No es extraño, entonces, que los jóvenes confundan el medio con el fin y que este se difumine. No deben creer que con el tatuaje ya han dicho su mejor palabra, que con su canción llegan a los oídos del despotismo —o que a este le importe lo que cantan—, que con su atuendo se oponen, cuando, en realidad, con todo ello, con frecuencia, se colocan ahí donde los quieren. De hecho, los colocan donde su potencial político es prostituido por el mercado y rebajado a la categoría de crisis de desarrollo, a rebeldía adolescente, a fauna exótica de las urbes, a moda pasajera, a “nada más que jóvenes”, que, en cuanto tales, pueden ser ignorados o domesticados con el entretenimiento o la marginalidad, según el estrato social al cual pertenecen o su poder adquisitivo, mientras se convierten en otra vieja generación políticamente ingenua, para beneficio de quienes han comprendido que la ingenuidad se diseña y que, desde hace tiempo, se encuentran en el poder con *sus* jóvenes.

4. Algunas conclusiones

Las cuatro características atribuidas a la cultura juvenil —la devaluación de la memoria histórica, la hegemonía del cuerpo, la socialización tecnológica y la volatilidad política— no se manifiestan de forma aislada, sino que se mezclan de forma tal que anulan los aspectos formativos que la cultura

13. Una manifestación peculiar de los mecanismos mencionados puede observarse en la actual explosión cinematográfica de los héroes extraídos de tiras cómicas. Asistimos a una *science fiction* como principio de realidad, tal como lo señala Subirats (1991), a propósito de los cambios sociales y culturales de la postmodernidad. Los héroes de los *comics* representan la trivialidad, lo correcto y lo inalcanzable, que lastra el probable ímpetu político juvenil. Son héroes superfluos, apropiados para el sistema (por lo general, pro-norteamericanos), imposibles por su origen fantasioso, por su atuendo carnavalesco, su afán mercadológico, y sobre todo, porque su decisión de incidir en la realidad —una realidad siempre situacional— nunca responde a un proceso ético deliberativo. Estos héroes hacen lo que como ciudadanos les corresponde, pero “motivados” por radiaciones espaciales, arañas radioactivas, fortunas, mutaciones, problemas personales de adaptación, etc.



puede ofrecer a los jóvenes. La amnesia histórica no puede distanciarse de su funcionalidad política propia de la volatilidad. La socialización tecnológica penetra con facilidad ante la ausencia de referentes adultos reales. La hegemonía del cuerpo y la juvenalización se nutren y refuerzan en las tecnologías visuales, instantáneas e icónicas. La devaluación de la memoria se expresa en la apariencia, y así sucesivamente. Aun cuando se puede abundar más en cada una de estas características y sus posibles interrelaciones, interesa enfatizar que la cultura se fragmenta por fines descriptivos, pero atrapa a los jóvenes de forma integral, aunque en grado diferente, dependiendo de su posición de clase.

Este análisis, al criticar e incluso rechazar muchas de las implicaciones de la cultura juvenil, impugna sus fuentes, sus características y sus consecuencias; nunca con los jóvenes en cuanto tales. Estos, en buena medida, tienen que elaborar y asumir su cultura de forma impositiva, con mayor o menor conciencia, por conformidad coactiva o por falta de opciones y, a veces, por simple conveniencia. El joven no está exento de la responsabilidad de dirigir su vida. Cabe reconocer también que estas páginas han sido escritas con pleno conocimiento de que no se puede estar al margen del choque cultural y generacional.

Muchas hipótesis y propuestas no han sido desarrolladas, sobre todo una quinta característica de la cultura juvenil contemporánea, la que podría denominarse *constricción de posibilidades de desarrollo*. Los jóvenes, ante el condicionamiento social y económico neoliberal, viven una *moratoria* (Margulis y Urresti, 1998) o una *premura social*, es decir, pueden postergar las tareas propias de la adultez con periodos de instrucción cada vez más prolongados o también, desde muy temprana edad, verse empujados por la necesidad a buscar el sustento propio y de los suyos. Esto lleva a otra dicotomía: la *imposición vocacional* y la *imposición laboral*. Los centros educativos y las empresas tienden a restringir las posibilidades y las habilidades de los jóvenes —costos elevados, uso de computadoras, dominio del inglés, etc.— de tal manera que promueven el acceso a la educación y al trabajo a aquellos con mejores posibilidades sociales y materiales. Esto significa que la vocación responde menos a sus habilidades e intereses y más a los filtros impuestos por el mercado de trabajo. Esta tendencia explicaría, por ejemplo, el poco interés por las humanidades, la cual se traduce en el descenso pronunciado de la matrícula, el cierre de carreras y el énfasis en las dimensiones más rentables de las mismas¹⁴. La imposición laboral condiciona las posibilidades para acceder a determinados puestos de trabajo, lo cual fomenta la exclusión, la inmovili-

14. Si esto es así, y el debilitamiento de carreras, tal como las de sociología o filosofía lo atestiguan, significaría que los intereses altruistas, científicos y analíticos como habilidades de expresión y comprensión verbal y de investigación estarían quedando en el olvido. No es simple casualidad que las carreras humanísticas más rentables, como comunicaciones y derecho, tengan matrículas elevadas. Lo mismo se puede sostener de las carreras ligadas a la ingeniería, la administración y la economía. El caso de psicología es también revelador porque, pese a contar con una matrícula y una cantidad constante de profesionales, las áreas organizacional y clínico-educativa dominan, es decir, aquellas potencialmente más rentables, y que podrían permitir tener un “negocio propio”. Si hubiera que aventurar una hipótesis al respecto, sugeriría que se trata de un sesgo empresarial y de una huida del campo social-comunitario, lo cual confirmaría, en los límites de la psicología, el retroceso humanístico señalado.

dad social, el predominio de la tecnocracia como horizonte de desarrollo, la perversión del tiempo libre y la desesperanza¹⁵.

Otras hipótesis importantes están relacionadas con la discusión terminológica y fenomenológica de las subculturas y contraculturas. Según Martín-Baró (1989), todas las subculturas tendrían algo de inconformismo normativo, pero no todas aglutinan inconformistas sistémicos (contraculturas), es decir, a quienes entienden y rechazan las bases de un sistema, al cual consideran inconveniente. De cualquier manera, falta profundizar en estos temas. Existen demasiados traslapes, intercambios y ligerezas terminológicas que enturbian la comprensión y amplifican el ruido que envuelve estos fenómenos. Podría distinguirse, a falta de mejores términos, entre *subculturas*, *subculturas contraculturales* y *contraculturas*, donde las segundas conformarían grupos híbridos, nacidos de las otras dos, cuya dinámica está proscrita de forma abierta o implícita por las pautas dominantes. Se trataría de grupos sin talante político lo que no quita que puedan ser politizados y se distinguirían por alejarse del “promedio” cultural habitual. Ejemplos de estos grupos serían las pandillas juveniles, los voluntarios permanentes —no ocasionales, según el desastre conmueva su conciencia—, los jóvenes que buscan de forma explícita la equidad en sus relaciones de género, y finalmente, podrían ser grupos en tránsito hacia la contracultura. Esta clasificación respeta la posibilidad de evolución, involución y expiración de las subculturas juveniles, aunque hay que reconocer que dista mucho de ser la solución definitiva de un tema oscuro. Con todo es indudable que el problema mayor de la cultura juvenil y sus expresiones es fenomenológico antes que nominal, porque dichas expresiones son fronterizas, efímeras y escurridizas. Por lo tanto, la clasificación es, necesariamente, provisional pues se confunde con facilidad con el pasatiempo generacional de ocasión. Se puede afirmar, sin embargo, que, al menos en El Salvador, falta profundizar en la cultura de juventud en general, así como establecer un mapa subcultural

que identifique sus expresiones locales, importadas o adaptadas, pero reales.

El tema de juventud encierra el riesgo de hacer aflorar con facilidad el romanticismo y la idealización. En algunas ocasiones, esto hace perder de vista el contexto, la denuncia necesaria, la explicación posible antes que la mera descripción neutral. Paradójicamente, la pérdida del contexto lleva a volver invisible a determinados jóvenes, o bien a ensañarse con ellos, por lo que no son o se quisiera que fueran. Tal vez, esto ocurre porque el tema despierta y entremezcla tantas sensibilidades y posturas —personales, sociales y epistemológicas—, porque hace comparaciones inevitables entre juventudes —incluyendo la propia, la vigente o la que fue—, porque se trata de un tema delicado, que satura las agendas de políticos y académicos de las posturas más variopintas. Es muy distinto acercarse a una realidad para desvelarla, buscando defenderla, con más o menos conciencia de ello, que para descubrir también las aristas que la revisten y explican mejor. Aquí, he tratado de tomar distancia, en lo posible, de la tendencia dominante sesgada y benigna, favorable a todo lo que la juventud hace y representa. De ahí que, sin ser un texto peyorativo, sea muy crítico, tanto con las juventudes como con quien habla de ellas.

No hay que perder de vista que las juventudes de las zonas rurales han desaparecido del panorama, lo cual no es otra cosa que una discriminación más. Esta omisión no es menos llamativa que la que sufren las dinámicas de género, en la cultura y las subculturas juveniles. La mujer no parece existir, no obstante ser la que recibe con más fuerza el embate de las exigencias de la hegemonía corporal, de ser el objeto de culto visual y de posesión en las video esferas, y de ser marginada de la política. En las subculturas, aparece, por lo general, un joven masculino o asexuado. Sus características prescinden de las diferencias de género. La exclusión de la mujer podría ser inocente y, por ello ignorante, o, lo que es peor, no tan conciente, ba-

15. Dos reportajes periodísticos casi simultáneos, publicados en uno de los periódicos de mayor circulación nacional, exponían a los jóvenes algunos *tips* sobre el éxito laboral: conocimientos técnicos (computación) y dominio del inglés. De hecho, es más fácil encontrar empleo en los *call centers* y en ventas, turismo y recursos humanos (Meléndez, 2005; Tomasino, 2005). Asombra constatar que se solicitan jóvenes “integrales”: deseablemente universitarios, con posgrado y experiencia y, como siempre, “acostumbrados a trabajar bajo presión”. El lenguaje, como siempre, traiciona, pues esta es la oferta laboral nacional (lo que se ofrece y excluye), ya que la demanda (lo necesario) apunta en otra dirección.

sada en la comodidad del análisis superficial y en el sesgo romántico apuntado. Es plausible sostener que las subculturas juveniles, en tanto ámbitos reducidos que recrean las pautas de una cultura mayor de forma intensa, dionisiaca, efímera, frívola y explosiva, en realidad, también reproducen con mayor fuerza las perversiones culturales. Este es el caso de aquellas que legitiman la subordinación de la mujer. De igual forma, están ausentes de la discusión cultural las subculturas de los jóvenes pertenecientes a grupos minoritarios —homosexuales, inmigrantes, discapacitados, VIH, etc.—, aun cuando estos grupos exhiben formas de diversión, símbolos distintivos, etc., y su cultura no es efímera, puesto que sus características condicionan profundamente su existencia.

La lección parece clara. Conviene cuidarse del deslumbramiento provocado por la exhuberancia de la cultura juvenil y las tribus urbanas, porque al fenómeno de tribalización juvenil parece seguirle también el de cierta tribalización académica. Esta también se presenta ataviada, como si se tratara de un safari epistemológico, con una jerga figurada, con la cual describe a unos siempre nuevos buenos salvajes. Pero, con frecuencia, se pasan por alto las condiciones salvajes que condicionan a los jóvenes a ingerir y a recrear una cultura alienante y riesgosa. Sin caer en la cuenta que, al final, ignoran a ciertas juventudes urgidas de visibilidad social.

Falta responder a la pregunta teleológica crucial de qué viene para el joven, después de la fugaz subcultura juvenil. En sí mismo, no es malo estudiar a los jóvenes como fenómeno de interés, pero es necesario tener claro si se lleva a cabo porque se los considera, en realidad, sujetos de preocupación y se busca satisfacer la legítima, pero a veces poco comprometida curiosidad científica. Lo que hoy se dice de la cultura juvenil es interesante y útil, pero es igualmente importante lo que no se dice con claridad sobre ella. No es suficiente afirmar que la fragmentación de la comunidad ante la masificación global interviene en el surgimiento del fenómeno tribal. Se puede pasar por alto la responsabilidad específica de las instituciones sociales, ajenas a los jóvenes —la familia, la escuela, la iglesia, etc.—, los intereses mercantiles de las empresas especializadas en el arte de la manipulación, del ámbito político excluyente e inmaduro, que usa la participación juvenil como propaganda, de condiciones de vida desiguales y sobre todo de

la ausencia de lucidez con la cual la misma juventud asume los desafíos actuales.

No es suficiente conformarse con sostener que los fenómenos culturales juveniles coadyuvan a los procesos de identidad de los jóvenes, con lo cual se los justifica y defiende, de forma abierta o sutil, porque se olvida que, además del proceso, conviene analizar su contenido. Así como existen identidades juveniles fraguadas en la violencia, cuya naturaleza perniciosa es indiscutible, también hay identidades que emergen de la evasión, que promueven la inmadurez, la despolitización, el afán de posesión, la holgazanería, el eterno entretenimiento y la alienación. No se trata tampoco de una censura mojigata de la cultura actual. Hay que celebrar la innovación —canciones, *graffiti*, bailes y hasta peinados estrafalarios—, pero es mucho mejor si esta viene acompañada de una propuesta sólida de cambio. Cuando cese la innovación y la juventud pierda su carácter contestatario, la sociedad caminará hacia el despeñadero. El joven no debe conformarse con ser un bicho extraño, exótico y pasajero, que atrae las miradas, que provoca comentarios y sobre quien se escriben reportajes y artículos académicos, que no se aburra ni se entretenga de forma adictiva, que crezca y, parafraseando a Mario Benedetti, que exorcice de la cultura la tendencia de dar palos de ciego por unos imposterables palos de vidente. Después de todo, un joven tiene mejores ojos. El reto, nuestro y de ellos, es apropiarse de una mirada lúcida.

Referencias bibliográficas

- Artiga-González, A. (2002). "La difícil democratización del régimen político salvadoreño", en C. Ramos, A. Artiga-González y R. Turcios, *Más allá de las elecciones. Diez años después de los acuerdos de paz*, pp. 15-77. San Salvador.
- Baron, R. y Byrne, D. (2005). *Psicología social*. Madrid.
- BBC Mundo (2005). "Mandela, rey del mundo". Disponible en http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/specials/2005/quien_mueve_tu_mundo/newsid_4306000/4306362.stm. Recuperado el 12 de octubre de 2005.
- Beltrán, M. (1991). *La realidad social*. Madrid.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires.
- Carranza, M. (2003). "Juventud y políticas en El Salvador". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 659, 863-879.
- Cohen, B. (1994). "Cultura", en Z. Innocenti y J. Aguilar (Comp.) *Sociología general*, pp. 81-89. San Salvador.

- Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2003). *Juventud, pobreza y desarrollo en América Latina y el Caribe*. Informe sobre XII Conferencia de Primeras Damas, Esposas y Representantes de los Jefes de Estado y de Gobierno de las Américas, 15 al 17 de octubre de 2003, Santo Domingo, República Dominicana. Disponible en <http://www.ilo.org/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/notlibro295/libro295.pdf>. Recuperado el 10 agosto 2005.
- Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2004). *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y urgencias*. Disponible en http://www.cepal.org/publicaciones/DesarrolloSocial/0/LCL2180PE/CEPAL_OIJ.pdf. Recuperado el 10 de agosto 2005.
- Coon, D. (1998). *Psicología. Exploración y aplicaciones*. México.
- Costa, P., Pérez, J. y Tropea, F. (1997). *Tribus urbanas*. Barcelona.
- Cruz, J. M. (1997). "Los factores posibilitadores y las expresiones de la violencia en los noventa". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 588, 977-992.
- Cruz, J. M. (2001). *¿Elecciones para qué? El impacto del ciclo electoral 1999-2000 en la cultura política salvadoreña*. San Salvador.
- Cruz, J. M. (2002). *¿Para qué sirve la democracia? La cultura política de los jóvenes del área metropolitana de San Salvador*. En Procesos, Cuaderno de trabajo 2001-01.
- Cruz, J. M. y Santacruz, M. (2005). *La victimización y la percepción de seguridad en El Salvador en 2004*. San Salvador.
- De la Corte, L. (1999). "La psicología social de Ignacio Martín-Baró o el imperativo de la crítica". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 613-614, 975-993.
- De la Corte, L. (2002). "Hacia una ciencia social emancipadora. Reflexiones en torno a la obra de Ignacio Martín-Baró". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 649-650, 1093-1101.
- Dirección General de Estadística y Censos (2004). *Encuesta de hogares de propósitos múltiples 2004*. Disponible en <http://www.digestyc.gob.sv/publicaciones/EHPM2004/2004/PPALESRESULTADOS/principalesresultados2004.pdf>. Recuperado el 12 agosto de 2005.
- Duarte, K. (2001). "¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente", en S. Donas (Comp.). *Adolescencia y juventud en América Latina*, pp. 57-74.
- Entrena, M. S. (2001). *Pobreza*. Madrid.
- Fundación Empresarial para el Desarrollo Educativo (1997). *Los jóvenes en situación de riesgo social. Caracterización de la niñez y adolescencia de 7 a 18 años de El Salvador*. San Salvador.
- Fernández-Ríos, L. (1994). *Manual de psicología preventiva. Teoría y práctica*. Madrid.
- Fromm, E. (1968,2000). *La revolución de la esperanza. Hacia una tecnología humanizada*. Bogotá.
- Fromm, E. (2004). *¿Tener o ser?* México.
- Gaborit, M. (2005). "Memoria histórica: relato desde las víctimas", en N. Portillo, M. Gaborit, y J. M. Cruz, (Comps.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador*, pp. 144- 168. San Salvador.
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México.
- Harris, B. (1997). "Repoliticizing the History of Psychology", en D. Fox e I. Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology. An Introduction*, pp. 21-33. Londres.
- Harris, J. R. (1999). *El mito de la educación. Por qué los padres pueden influir muy poco en sus hijos*. Barcelona.
- Henson, K. y Eller, B. (2000). *Psicología educativa para la enseñanza eficaz*. México.
- Hobsbawm, E. (2003). *Historia del Siglo XX*. Barcelona.
- Instituto Universitario de Opinión Pública (1999). *Encuesta de valores. Serie de informes 80*. San Salvador.
- Krauskopf, D. (2002). *Adolescencia y educación*. Costa Rica: Editorial Universidad Estatal a Distancia.
- Lacalle, Ch. (1997). "Subculturas juveniles: aproximaciones teóricas y metodológicas", en P. Costa, J. Pérez, y F. Tropea, *Tribus urbanas*, pp. 59-89. Barcelona.
- Maihold G. y Córdova Macías, R. (2001). "Democracia y ciudadanía en Centroamérica", en R. Córdova Macías Macías, G. Maihold y S. Kurtenbach (Comps.), *Pasos hacia una nueva convivencia: democracia y participación en Centroamérica*, pp. 383-443. San Salvador.
- Marger, M. (1999). *Social Inequality. Patterns and Processes*. California: Mayfield.
- Marina, J. A. (2002). *El vuelo de la inteligencia*. Barcelona.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). "La construcción social de la condición de juventud", en Universidad Central (Comp.), *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, pp. 3-21. Santa fe de Bogotá.
- Martel, R. (2005). Los jóvenes y sus identidades: estrategias del desencanto. Construcción de identidades desde la precariedad. *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 769-680, 451-463.
- Martín-Barbero, J. (1998). "Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad", en Universidad Central (Comp.), *"Viviendo a toda". Jóvenes, territorios*

- culturales y nuevas sensibilidades, pp. 22-37. Santa fe de Bogotá.
- Martín-Baró, I. (1972). *Psicodiagnóstico de América Latina*. San Salvador.
- Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador.
- Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder. Psicología social desde Centroamérica (II)*. San Salvador.
- Martín-Baró, I. (1998). "Presupuestos psicosociales del carácter", en I. Martín-Baró, *Psicología de la liberación*, pp. 39-71. Madrid.
- Medrano, M. (1997). "Desarrollo cognitivo", en J. Beltrán y J. A. Bueno, *Psicología de la educación*, pp. 124-143. México.
- Meléndez, C. (2005, 17 de octubre). "Éxito laboral = inglés y tecnología", *La Prensa Gráfica*, pp. 91.
- Morales, J. F. (1999). "Procesos de atribución", en J. F. Morales (Coord.), *Psicología social*, pp. 79-86. Madrid.
- Murphy, J., Caro, M. y Esposito, L. (2002). "Alejandro Serrano y la globalización desde abajo". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 647, 803-813.
- Orellana, C. I. y Santacruz, M. (2003). "Actitudes autoritarias en jóvenes urbanos del municipio de San Salvador". Tesis para optar al grado de Maestría en Psicología Comunitaria. Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas" (UCA).
- Orellana, C. I. (2005). "Discurso oficial y reparación social", en N. Portillo, M. Gaborit, y J. M. Cruz, (Comps.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador*, pp. 169- 222. San Salvador.
- Paéz, D. y Marques, J. (1999). "Conductas colectivas: rumores, catástrofes y movimientos de masas", en J. F. Morales (Coord.), *Psicología social*, pp. 335-353. Madrid.
- Papalia, D. Wendkos, S. y Duskin, R. (2001). *Desarrollo humano*. Bogotá.
- Pérez, J. A. (1998). "Memorias y olvidos. Una revisión sobre el vínculo de lo cultural y lo juvenil", en Universidad Central (Comp.), "Viviendo a toda". *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, pp. 38-45. Santa fe de Bogotá.
- Popkin, M. (1998). "La amnistía salvadoreña: una perspectiva comparativa ¿se puede enterrar el pasado?". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 597-598, 643-656.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2003). *Informe sobre desarrollo humano. El Salvador 2003. Desafíos y opciones en tiempos de globalización*. San Salvador.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2005). *¿Cuánto cuesta la violencia a El Salvador? Cuadernos sobre Desarrollo Humano*, 4. San Salvador.
- Richardson, F. y Fowers, B. (1997). "Critical Theory, Postmodernism, and Hermeneutics: Insights for Critical Psychology", en D. Fox e I. Prilleltensky (Eds.), *Critical Psychology. An Introduction*, pp. 265-283. Londres.
- Reguillo, R. (1995). *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*. México.
- Rosenfeld, A. y Wise, N. (2002). *La hiperescolarización de los niños. Las actividades extraescolares, una presión añadida para tus hijos*. Barcelona.
- Ruiz, J. I. (1999). *Metodología de la investigación cualitativa*. Bilbao.
- Santacruz, M. y Concha-Eastman, A. (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. San Salvador.
- Santos, B. (1998). *De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Santa Fe de Bogotá.
- Sartori, G. (1998). *Homo Videns. La sociedad teledirigida*. Madrid.
- Savater, F. (1988). *Ética como amor propio*. Barcelona.
- Seligson, M., Cruz, J. M. y Córdova Macías, R. (2000). *Auditoría de la democracia. El Salvador 1999*. San Salvador.
- Singer, P. (1995). *Ética práctica*. Gran Bretaña.
- Sobrinó, J. (1998). "Esperanza y realidad nacional". *Estudios Centroamericanos (ECA)*, 601-602, 1105-1121.
- Subirats, E. (1991). *Metamorfosis de la cultura moderna*. Barcelona: Anthropos.
- Tomasino, M. (2005, 25 de octubre). "El Salvador, su demanda laboral". *La Prensa Gráfica*, pp. 38b.
- Toro, J. y Vilardell, E. (1989). *Anorexia nerviosa*. Barcelona.
- Valenzuela, J. M. (1998). "Identidades juveniles", en Universidad Central (Comp.), "Viviendo a toda". *Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*, pp. 38-45. Santa Fe de Bogotá.
- Vazquez, F. (2005). "Construyendo el pasado: la memoria como práctica social", en N. Portillo, M. Gaborit, y J. M. Cruz, (Comps.), *Psicología social en la posguerra: teoría y aplicaciones desde El Salvador*, pp. 109-143. San Salvador.
- Wallace, P. (2001). *La psicología de Internet*. Barcelona.
- Zamora, R. (2001). "Participación y democracia en El Salvador", en R. Córdova Macías Macías, G. Maihold y S. Kurtenbach (Comps.). *Pasos hacia una nueva convivencia: democracia y participación en Centroamérica*, pp. 57-94. San Salvador.
- Zarzuri, R y Ganter, R. (1999). *Tribus urbanas: por el devenir cultural de nuevas sociabilidades juveniles*. Disponible en http://www.naya.org.ar/congreso2000/ponencias/Raul_Zarzuri.htm. Recuperado el 2 agosto de 2005.